

Nueva visita al Salto del Pan

© Juan Bosco Castilla

Últimos días de abril. Recién levantado, en pijama, con legañas y medio aturdido por el légamo de una pesadilla, miro al cielo desde la ventana de la habitación de mi hijo, que no da a la calle y tiene mejor vista que la mía: después de una semana de días más bien grises y pestosos, en los que no sabía si llover o salir el sol, ha amanecido sin nubes. Buena nueva que conviene aprovechar para dar un paseo por la sierra.

Desayuno a base de bien en el bar de *Er Pipi*, esto es, café con churros y un zumito de naranja mientras leo por encima el *Córdoba* y el *Marca*, aunque ninguna de las lecturas me deja mucho poso (y prueba de ello es que de lo que leí entonces ahora mismo no me acuerdo, ni falta que hace). Cuando acabo, tengo el cuerpo peleón, como con ganas de marcha, como si se me derramaran las fuerzas, de manera que poco me hubiera importado encontrarme al salir del bar de *Er Pipi* con las más adversas contrariedades climatológicas: un viento huracanado, una enorme tormenta eléctrica, una nube de granizos del tamaño de sandías o calabazas... Entre lo sobrado que estoy y el ánimo tan novelero que tengo, en aquel momento hubiera agradecido un nuevo Diluvio Universal para darle una poca salsa al día, y si hubiera habido Américas por descubrir o Stanley no hubiera encontrado todavía al explorador Livingstone, quizá me hubiera ido sin despedirme de la familia ni de los amigos, y no a la sierra, sino en busca de Eldorado o de las fuentes del Nilo.

Cuando llego a mi casa cargado de churros para los muchachos, el deber de someter sus impulsos selváticos a las normas de la cultura occidental me devuelve al suelo, y el aterrizaje no es suave. “Bueno está –me digo para darme ánimos, ya totalmente consciente de lo mediocre de mi condición-, lo importante es que me voy a dar un paseo solitario por la sierra, que en los tiempos que corren no es poco para un padre de familia abrumado por sus circunstancias”. Miro al cielo otra vez y me alegro ahora de la paz que promete el día: el globo solar inunda la casa de luz y desde el suelo de un huerto de la vecindad un gato acecha desesperanzado los movimientos de las lagartijas en las paredes.

Me pongo las botas de campo, ropa vaquera y un sombrero, y cojo la mochililla y el palo de caminante con punta metálica que compré en Santo Domingo de la Calzada (donde la gallina cantó después de asada) para darme pisto de peregrino, aunque mi ruta era más enológica y gastronómica que de senderista. Con esta parafernalia de capitán Tan o coronel Tapioca que inicia

un viaje por todo lo largo y ancho de este mundo, parece que voy más lejos de donde voy. Por ejemplo, en la mochililla llevo una navaja, cuerdas, un mechero, una botella de agua, una manzana, un chubasquero, pañuelos de papel, unos prismáticos..., y me paró aquí por no hacer más prolija la narración. La verdad es que me monto en el coche sin conocer mi destino, casi como siempre. Me va esa vena aventurera de ciudadano común que se echa al monte por echarse al monte, como se echaría un bandolero romántico. De hecho, algunas veces envidio a esos hombres vencidos que un día dicen que van a por tabaco y desaparecen para siempre, o, si acaso, aparecen en una playa de Río rodeados de mulatas en tanga, cazados por algún reportero imprevisto.

Se me olvidaba que también llevo un móvil. De poco me va a servir, supongo, porque donde acostumbro a ir no suele haber cobertura, pero me da cierta seguridad: algunas veces, cuando voy por mitad del monte y no sé ni dónde estoy, pienso en esas dos normas básicas que yo incumplo sistemáticamente (no ir nunca solo y decir en casa a dónde vas) y me da un poco susto, porque con que me pique un bicho venenoso o me tuerza un tobillo ya tengo el día echado por alto. Y que se quede en eso la cosa.

Por la carretera de circunvalación (que, por cierto, ya no circunvala, por lo que habrá que ir pensando en hacer otra que circunvale), me acuerdo de aquel día que fui con unos pocos del Club de Pesca al Salto del Pan. Mi memoria tiene tendencias contrarias a las de esos soldados vocacionales que sólo conservan recuerdos buenos de la mili: yo recuerdo los malos. De manera que de aquel día recuerdo que me quitaron la siesta, que anduvimos muchísimo y que hacía calor a espuestas, como si en lugar de caer mansamente, llovieran tupidos rayos de sol. Ahora que sé donde está, es por la mañana y no hace tanta calor, no estaría mal repetir el paseo. Además, en esta época del año puede que los barbos estén intentando remontar el río y que por fin los vea volar para salvar el desnivel de la corriente.

Para ir de paseo, me gustan las carreteras poco transitadas, estrechas y con curvas. En la soledad del coche y en el mundo en movimiento a través de la ventanilla, se me hace más apacible el camino y el tiempo discurre con otra ceremonia: la liturgia de vivir se vuelve más grácil y más hermosa, como los movimientos de las bailarinas en *El lago de los cisnes*. Por eso me sabe a poco la hora escasa que tardó en llegar.

Dejo el coche en la pequeña explanada donde se inicia el camino que sigue paralelo al margen izquierdo del río Cuzna. A sólo unos metros de la carretera, una barra metálica impide el paso de vehículos (creo que había un cartel que prohibía el paso, aunque ahora no lo recuerdo muy bien). Yo que voy andando y aspiro a ser como las aves, no entiendo de las barreras que se ponen en los caminos ni les hago puñetero caso. Para los propietarios sus tierras con todas sus escrituras y sus inscripciones registrales y sus frutos y sus

rentas, para mí (aunque resulte cursi) el color de los campos, sus olores, sus formas, su aire, su sonido y los movimientos de los animales y de las nubes, que no se pueden poseer ni escriturar y son de todos. A fuerza de leérsela a mis hijos, me sé de memoria ese fragmento de la *Canción del pirata*, de Espronceda, que dice: “Allá muevan feroz guerra/ ciegos reyes/ por un palmo más de tierra;/ que yo aquí tengo por mío/ cuanto abarca el mar bravío,/ a quien nadie impuso leyes”. Harto estoy de ver cómo algunos cortan los ríos y los arroyos con alambradas, como si fueran suyos, por el afán de ampliar los pastos. Y harto estoy de ver cómo cortan caminos que de siempre han sido públicos (no sé si éste lo es) y les ponen carteles y les colocan perros de presa para defenderlos. Para los propietarios, en fin, cuanto puede apropiarse un hombre; para mí, cuanto puede apropiarse un pájaro.

Al poco de empezar a andar, dejo el camino nuevo y sigo pegado al exterior del bosque de galería por un antiguo camino trazado en lo que debe ser zona de servidumbre del río, que éste, en una de sus crecidas recientes, ha convertido en un inmenso pedregal de gruesos cantos rodados, como si con esa fuerza devastadora quisiera recuperar lo que siempre fue suyo. Frente a una construcción de trazas urbanas, en un bucólico paraje donde se retranquea el monte, me paro unos segundos a observar el contraste de los colores y del ruido de los pájaros que no veo. Luego cruzo el río por unas pasaderas que son bidones de chapa rellenos de hormigón, una de las cuales está ladeada y ofrece cierto peligro, y sigo bajo la bóveda del bosque, junto al cauce, a través de una vereda que zigzaguea sorteando tamujos y zarzas. De vez en cuando, me sobresalto con el repentino vuelo de algún pato o me paro a mirar en las charcas más hondas el sereno deambular de los peces.

Finalmente, arribo a un gran llano de moles graníticas en las que el continuo discurrir de las aguas ha excavado una garganta profunda, eso que se llama un cañón, por el que discurre ahora entre farallones romos formando saltos y pozatas unos cuantos metros más abajo del nivel del suelo que piso. Por el margen izquierdo, aquí no hay bosque, sino olivos. Casi al borde del abismo, junto a una poza ancha y profunda, me siento a observar el río. Tras serpentear alocadamente entre las piedras, el agua salta a la poza desde quizá metro y medio de altura en dos chorros que apagan los rumores del bosque con un rumor bravío. Abajo, veo a una culebra de respetable tamaño cruzar la lámina de agua debajo de mí y, luego, a un gran galápago nadar sin prisas en el sentido de la corriente. Barbos grandes habrá cuarenta o cincuenta, unos más oscuros que otros, que nadan con despreocupación perdiéndose de mi vista y regresando a ella según el color que da al agua la profundidad de la poza.

Esto debe ser el Salto del pan. Y ahora mismo diría esto debe ser el Paraíso si no fuera porque también aquí la mano del hombre ha metido la pata, casi como siempre. Ocurre que en los mismos chorros del salto alguien ha

puesto unas redes cónicas a manera de colador, sujetas por cuerdas con filigrana de especialista en carpas de circo a grandes troncos de madera y a los salientes de las piedras. Todo animal que pase por el salto cae sin remisión a las redes, donde sufre el demoledor embate de las aguas, cuya fuerza inmisericorde lo machacará vivo y seguirá machacándolo ya cadáver. El tendido que sujeta al trasmallo (o como se llame esto) tiene su trabajo y su ciencia y no es fácil colocarlo en ese lugar, tan expuesto a la fuerza de la corriente, entre grandes piedras lisas y húmedas. Y tiene su peligro. Mientras me como la manzana, me imagino al artista tejiendo la tupida red de cables que sujetan la red, subiendo y bajando por las piedras, sudando para encajar los troncos y anudar a ellos las cuerdas, y me lo imagino recogiendo ufano el fruto de su trabajo, que supongo serán barbos como esos que yo ahora veo abajo. Esos que con las redes tienen prácticamente imposible remontar la corriente, y si lo intentan y fallan, caerán en la trampa tendida por este jugador de ventaja que pesca desde su casa, con artes tan seguras como traicioneras, a quien sin embargo le concedo ese beneficio último de imaginármelo no sabiendo lo que hace, y como un buen padre de familia y una buena persona.

Me imaginaba y me sigo imaginando el deporte de la pesca de otra manera, en nada emparentado con el barranquismo o la espeleología al aire libre que practica este hombre. Para este instalador de trasmallos (no diré pescador, y mucho menos deportista), lo importante no son los peces, sino los peces que atrapa (no diré que pesca) sin discriminación de ninguna clase: *ave que vuela, a la cazuela*, dice un refrán aplicable a los malos cazadores y también aplicable al caso.

Yo pensaba, y este suceso no me ha hecho cambiar de opinión, que la pesca era una actividad en la que se enfrentaban la maña del hombre y el instinto del animal en un cuerpo a cuerpo que probaba varias virtudes del pescador. Que la caña era al pescador como la muleta al torero, y que los pescadores amaban y respetaban a los peces. Evidentemente, este hombre no es un pescador, sino un comedor de peces, y para éstos que fijan la importancia en el fin (los peces) y no reparan en los medios (la pesca) lo mismo les da poner una red en el salto de agua que desecar la charca. Para quien lo importante es el fin y no el medio, comerse los espárragos es más importante que cogerlos. Para el que no es aficionado a los toros (yo soy uno de esos) es más importante el filete que el pase medido de un torero. Para quienes lo importante es que entre la letra en la mollera, poco importa si entra con sangre o sin sangre.

Parecerá una exageración dedicarle tanto espacio a esto de distinguir entre los medios y los fines, pero a mi juicio no lo es. Y otro gallo nos cantarían a todos si, por ejemplo, tuvieran clara esta diferencia éstos para quienes como lo importante es la salvación de las almas, poco importa llevarlas al cielo a latigazos o a empujones; como lo importante es la independencia de la patria,

poco importa que se consiga pegando tiros en la nunca a los que no piensan como ellos.

Si le viera la gracia, me reiría. Pero no veo que chiste tiene poner una red en el salto de un río. El caso es que, aunque me dan ganas de romperla, la dejo así, como la encontré, con la urdimbre de tela de araña que la hace resistente a la fuerza de las aguas. Pienso que si la rompiera (nadie me ve: tengo asegurada la impunidad), estaría quebrando un fin que me incomoda, pero lo haría con medios que no proceden en un Estado de Derecho: tampoco puedo ir por ahí cortando los alambres que cierran el paso en los arroyos o en los caminos públicos ni puedo meter en la cárcel a quien he pillado en flagrante delito. Opinar puedo opinar libremente, pero ¿quién soy yo para decidir entre lo que debe y lo que no debe hacerse?

La vuelta es más rápida y más sombría. Mientras ando sigo con el pensamiento el movimiento de los barbos en el agua, como hacía la estatua colocada en el Jardín Botánico de aquella canción de Radio Futura. Estatua en un jardín botánico: no es mal oficio para el habitante de una gran metrópoli. Yo, como soy de pueblo y tengo las afueras cerca, cambio un jardín por el campo, y mientras menos domesticado esté el campo, mejor. Vigilante de bosques de ribera. Suena bien. Ése sí sería un buen oficio para mí. Vigilante de bosques de ribera. Me voy a poner a estudiar enseguida, a ver si para cuando convoquen las oposiciones tengo preparados los temas: no quiero que nadie me pise la plaza.

Juan Bosco Castilla